

El libro de Hiram Sánchez Martínez, *Ató con cintas sus desnudos huesos*

Pablo Marcial Ortiz Ramos

El libro que la Librería El Candil les presenta esta tarde está atado a la música popular; pero no es un libro sobre música popular, aunque versos de canciones y sus intérpretes «suenen con armonía» en muchas páginas del texto.

El autor usa muy hábilmente los versos de un famoso bolero de letra lúgubre —que hizo famoso en Puerto Rico el Trío Los Condes— para hilvanar la trama de una novela que nos atrapa desde sus inicios. Ese famoso bolero tiene una larga y confusa historia.

Vamos a escuchar la versión que Hiram Sánchez Martínez utilizó como gancho para ensamblar su novela *Ató con cintas sus desnudos huesos*. Esta versión de *Boda Negra* la grabó el Trío Los Condes en Nueva York, probablemente en 1963.

[En la presentación oral se escucha el bolero].

Este bolero —*Boda negra*— fue grabado originalmente en 1919, en Nueva York, por el dúo Floro y Miguel y el guitarrista cubano Alberto Villalón Morales, quien había oído o leído los macabros versos y los había musicalizado. De hecho, en el disco el crédito como autor se lo atribuyó el propio Villalón, sin darle crédito alguno al autor de los versos. Después, en 1924 lo grabó en Nueva York el cubano Bimbi y su Trío Oriental. En la etiqueta del disco repite que es un bolero de Alberto Villalón, sin tampoco darle crédito al autor de los versos. Luego, en octubre de 1929, el Dúo Guerra (un dúo mexicano) lo grabó sin indicar el compositor o los compositores e indicando en la etiqueta del disco que es una «canción colombiana». Este famoso poema hecho canción lo han grabado muchos artistas, entre otros, Ana Gabriel, Adelita Tapia y el Dúo Hermanitas Martí, María Teresa Vera, Gilberto Urquiza y Julio Jaramillo.

Pero por mucho tiempo el verdadero autor de la letra de este singular bolero estuvo en disputa. La mayoría de las versiones atribuyen los versos al poeta colombiano Julio Flórez Roa (1867-1923), pues en una antología de sus versos que se publicó después de su muerte aparecían los versos de *Boda negra*. Por su parte, el investigador colombiano Hernán Restrepo Duque (1927-1991), autor del libro *La gran crónica de Julio Flórez y Lo que cuentan las canciones*, afirma que los versos pertenecen a un excéntrico sacerdote venezolano llamado Carlos Borges Requena (1867-1932), quien tituló el poema *Boda macabra*. También el colombiano Jaime Rico Zalazar repite la versión de Restrepo Duque, atribuyéndole la autoría del poema al venezolano Carlos Borges. El poema —y el bolero, como escuchamos— es en sí mismo la síntesis de una novela, cantada en apenas tres minutos.

Se preguntarán ustedes por qué hago de entrada esta digresión histórica. Pues porque Hiram Sánchez Martínez hábilmente combina con inteligencia datos históricos para producir una obra de ficción en la que «presenciamos» la llegada del «autor» de *Boda*

negra a Puerto Rico; en la que «presenciamos» el impacto que éste sintió al conocer la historia del relato y la creación del poema como resultado de la fuerte impresión que el mismo le causó al poeta colombiano. Es con los mismos versos del poema *Boda negra* que Hiram Sánchez Martínez va tejiendo la trama de la novela.

Hiram nos adentra en la novela de manera casual: En un bar de un barrio había una vellonera descompuesta y los asiduos clientes asumen el costo de la reparación del aparato a cambio de que el dueño del negocio les dejara disfrutar por un tiempo la «vellonera directa», hasta que se cubrieran los gastos de la reparación. Con el arreglo de la vellonera llegaron nuevos discos y, entre ellos, estaba el disco del Trío Los Condes, *Boda negra*.

Un muchachito del barrio, que resultará ser el protagonista de la novela, se sorprende con la letra de la canción y le comenta a su papá la trama del bolero que tanto le había impactado. El papá del joven le comenta que en el pueblo había pasado algo parecido. Con ese escenario de apertura nos adentra Hiram Sánchez Martínez en la trama de la novela.

El jovencito, con el tiempo, llegó a la Universidad y se interesó por rastrear la historia del incidente ocurrido en el pueblo, hecho que le recordaba los versos del bolero que había oído en torno a una vellonera. Entonces, comenzó a indagar y a procurar pistas que lo llevarán a conocer la verdad de los hechos y a entender el porqué se dio el macabro incidente que, al final, descubrirá, que fue secuela de una historia de amor llevada al límite de la pasión. En la investigación, el joven recurre a las técnicas investigativas procurando entrevistar a las personas más cercanas a los hechos; consulta documentos y fuentes primarias, los libros de novedades de la policía, el libro de entierros de la parroquia del pueblo que, más que la habilidad del protagonista, develan la destreza del autor, ducho en el arte de la investigación, el interrogatorio, la precisión judicial y el detalle del Derecho. Develan el talento del autor como el creador de ficción y jurista que es.

En el transcurso de la investigación, el joven universitario recurre también al enterrador del pueblo, un sepulturero que había heredado el oficio de su padre y quien le brinda pistas. También la pesquisa lo lleva a conocer a un sacerdote de origen holandés, ya retirado, y pieza clave en la narración. En el convento donde estaba pasando los últimos días de su vida el cura, se da el encuentro entre el joven universitario y una novicia que lo impresionó sobremanera. Este encuentro con la aspirante a monja será una de las grandes sorpresas del libro, pues con él se bifurca la trama de la novela y desde este punto, se mantienen paralelas dos fascinantes historias.

No les voy a contar la novela, pues quiero que la compren, la lean, la disfruten y se sorprendan con el final. Se lee como un cuento apasionante, de lenguaje sencillo y parlamento fluido; donde el autor nos guía con maestría manteniéndonos en expectativa, en suspenso, develando, en trozos, poco a poco, una tragedia familiar y poniéndonos de carnada —en la narración de doble carril— otra memoria de amor donde el amor-pasión domina la personalidad del joven estudiante protagonista. Asistimos a los tensos momentos del romanticismo ...el vivir lo íntimo frente a la razón. Presenciamos —al decir de Kant— cómo la pasión se adueña del individuo y domina su conducta.

En esta novela, además de las pinceladas armónicas de los versos de música popular

que la ambientan y sirven de fondo, se advierte otra arquitectura; la novela tiene infusión de historia real. Trozos de historia de Córcega y la influencia de los corsos en Puerto Rico y cómo llegaron aquí; cómo afectó a Puerto Rico la invasión norteamericana a la Iglesia católica, cuando muchos curas españoles regresaron a España y, desde Curazao, nos llegan los padres dominicos holandeses. Pasan rápidamente por las páginas nombres de figuras históricas, como Napoleón, Pedro I de Portugal, Betances, santa Catalina de Labouré, Luisa Capetillo, Fidela Matheu, Loaíza Cordero, Luis Muñoz Rivera, José de Diego y Julio Flórez, entre otros. Todo esto, sin obstruir el hilo y el ritmo de la trama.

La novela, naturalmente, es fundamentalmente historia ficción.

Hiram Sánchez Martínez juega con maestría el detalle histórico. Resulta soberbio —magnífico— lo que hace: el atar una “visita” del poeta colombiano Julio Flórez a Puerto Rico a invitación de José de Diego. La dinámica que se da, a propósito de dicha «visita», es uno de los ganchos mejor logrados en esta su versión novelada de la historia del poemacanción *Boda negra*. Los elementos están tan bien ensamblados que resulta difícil distinguir la ficción de la verdad histórica. Es una narración tan real que parece que estamos leyendo un libro verídico, tan real que parece que estamos leyendo una historia que pasó tal cual la narra el autor.

La minuciosa descripción del cementerio, entre otros detalles, nos pinta el reflejo de la sociedad: fosas simples y mausoleos que son representativos de los que tienen y los que no tienen. Los pudientes del pueblo y los menesterosos del pueblo. Las fosas donde, al final de la novela, Hiram Sánchez Martínez funde las dos historias. El panteón donde el amante «cavó la fosa y se llevó en sus brazos el rígido esqueleto de su amada». El panteón donde el amante «ató con cintas los desnudos huesos» y «para siempre se quedó dormido, al esqueleto rígido abrazado».

La muerte, como sabemos, es un acontecimiento trascendental e inevitable; un momento importante. Es el lado desconocido de la vida. Es un tema recurrente en la historia de la humanidad, desde la leyenda griega de *Orfeo y Eurídice* hasta muchas de las canciones populares de los años recientes.

Tenemos que agradecer a Hiram Sánchez Martínez este aporte basado en la canción bolero *Boda negra*.

En el repertorio popular hay muchas otras canciones que abordan el tema de la muerte —y que como bien nos ha demostrado Hiram Sánchez Martínez— se prestan para futuros proyectos literarios.

Recordamos, entre otras *Sus ojos se cerraron*, interpretada por Carlos Gardel; *Si la muerte pica mi huerto*, de Joan Manuel Serrat; y también *El Jinete*, del mexicano José Alfredo Jiménez, que nos dice:

Por la lejana montaña
va cabalgando un jinete;
vaga solito en el mundo
y va deseando la muerte.

Lleva en su pecho una herida,
va con su alma destrozada;
quisiera perder la vida
y reunirse con su amada.

La quería más que a su vida
y la perdió para siempre,
por eso lleva una herida,
por eso busca la muerte.

También aquel famoso bolero de otro mexicano, Víctor Colón, *El dolor de los dolores*, y que popularizó en Puerto Rico, Carlitos Pérez y su Trío Antillano, que nos dice:

Qué triste está el cementerio,
qué triste la vida mía.
Esta tarde es el entierro
de la linda novia mía.

Se acerca la caravana
con mil coronas de flores,
y siento dentro del pecho
el dolor de los dolores.

No quisiera que la entierren,
tengo celos de los muertos.
Tengo celos de la tierra
porque va a tener su cuerpo.

Tengo celos de las flores,
celos de la sepultura.
Celos del sepulturero
porque va a velar su tumba.

De manera que, como pueden apreciar, de ahí a celebrar otra *Boda negra* hay un paso. Y tal vez otra novela. ¡A ver quién se atreve!

Junio de 2021